

La bondad insensata

El secreto de los justos

Gabriele Nissim

El Ojo del Tiempo Siruela



Índice

Cubierta

La bondad insensata

- I. La esperanza realista
- II. Tipología de los justos
- III. Para qué sirven los justos
- IV. Moshe Bejski, el pescador de perlas
- V. Justos no excesivamente heroicos
- VI. Hannah Arendt en busca del secreto de los justos
- VII. El arte del perdón
- VIII. La bondad insensata de Vasili Grossman
- IX. El sacrificio extremo frente al mal

Post scriptum

Agradecimientos

Créditos

Notas

Gabriele Nissim

La bondad insensata

El secreto de los justos

Traducción del italiano
de Juan Antonio Méndez

 Siruela

El Ojo del Tiempo

A Santa

Los justos

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología.

Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.

El ceramista que premedita un color y una forma.

El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.

Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.

El que acaricia a un animal dormido.

El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.

El que agradece que en la tierra haya Stevenson.

El que prefiere que los otros tengan razón.

Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

Jorge Luis Borges, *La cifra*, 1981

I

La esperanza realista

El espíritu de Marco Aurelio

–Me he dado cuenta de que nunca lograremos erradicar de la historia el mal que unos hombres hacen a otros hombres. A pesar del trauma de Auschwitz, los genocidios y los crímenes contra la humanidad, han continuado en el gulag estalinista, en Biafra, en Ruanda, en Bosnia y los que todavía quedan por llegar, tal y como se percibe a partir del odio que va sembrando el terrorismo fundamentalista.

–Perdón, pero me parece usted muy pesimista.

–No soy pesimista, solo realista.

–¿Es que no cree en la intervención de las instituciones internacionales para defender los derechos humanos?

–Ya me gustaría, desde luego, pero el mal político tiene excesiva fantasía y reaparece una y otra vez en formas nuevas.

–Entonces, ¿no hay sitio para la esperanza en un mundo diferente?

–Algún consuelo nos queda: siempre podemos contar con la obra de los justos que en cualquier época tienen el valor de enfrentarse al mal y salvan siempre al mundo.

–Pero ¿no es eso demasiado poco?

–Mire, esos hombres que he querido premiar por su valor durante la Shoah, en cualquier caso, lo que nos han demostrado es que un mal absoluto jamás vence del todo. De otra manera la humanidad ya habría sido aniquilada. Sus luces desmienten que el mal pueda triunfar en la vida. Desgraciadamente, esas luces son siempre escasas. Esa es la contradicción.

–Pero si los justos constituyen siempre una rareza, ¿qué podemos hacer?

-No veo otro camino que explicar a las nuevas generaciones su secreto y sus valores.

-Es decir, que tienen un secreto...

-En cierto modo, actúan así porque se sienten mejor y pueden sentirse satisfechos de sí mismos¹.

El juez Moshe Bejski, artífice del Jardín de los justos de Jerusalén, me expresó así su testamento espiritual en uno de los últimos encuentros que mantuve con él en octubre de 2006 en una habitación del hospital en Tel Aviv, pocos meses antes de su desaparición.

Habíamos dialogado durante meses en su casa, pero solo en aquella ocasión capté el profundo sentido de una experiencia iniciada en la juventud, cuando acabó por casualidad en la lista de Schindler, librándose de una muerte segura en el campo de concentración de Plaszow, que le llevó en la posguerra a buscar, por espíritu de gratitud, a los que en el mundo se prodigaron en la salvación de los judíos.

Bejski me hizo comprender, a través del balance de su vida, que solo a partir de un pesimismo razonable se puede ser razonablemente optimista.

Nadie como él ha visto lo peor de la humanidad antes de vislumbrar una pequeña luz de esperanza. Su filosofía se basa en el presupuesto siguiente: quien piense que tras el escándalo moral de Auschwitz la persecución de los seres humanos puede ser definitivamente erradicada de la escena pública va a encontrarse con desagradables desilusiones.

Dos grandes escritores supervivientes de los campos de concentración constituyen el trágico ejemplo de una expectativa hecha pedazos: Jean Améry y Primo Levi acabaron dándose muerte porque pensaron que, después de la Segunda Guerra Mundial, era posible el nacimiento de un mundo absolutamente nuevo y se hicieron ilusiones con la supresión de la violencia del corazón de los hombres². Pero hay que aceptar que el mal que provocan los hombres, consciente o inconscientemente, es un ciclo sin fin. En ningún lugar de la Tierra existe el paraíso y, con toda seguridad, nunca existirá.

También el antisemitismo sigue formando parte de la historia. Puede ser controlado, combatido, nunca eliminado por completo. El judío como chivo expiatorio de las contradicciones del mundo, como origen y causa del mal, como elemento corrosivo e inquietante que impide la

felicidad al género humano se replantea una y otra vez, en la variante del antisionismo, por parte de los regímenes comunistas y, luego, por los regímenes árabes y por el fundamentalismo islámico. Después de Auschwitz vuelve a plantearse el uso político de la judeofobia a partir de un código cultural tan enraizado que parece formar parte de lo más profundo del inconsciente.

Esta amarga constatación no es, paradójicamente, fruto de una rendición por parte del artífice del Jardín de los justos de Jerusalén, sino el fundamento de una esperanza realista. Bejski se mueve en la lógica de una aguda observación de Marco Aurelio: «No esperes ver establecida la república de Platón; antes bien conténtate con que se promueva un poquito la utilidad pública; ni pienses tampoco que ese pequeño progreso sea escaso fruto para tu trabajo»³. El emperador filósofo, en efecto, no se hacía ninguna ilusión acerca de una conversión general de la humanidad o sobre la posibilidad de imponer un estado ideal entre los hombres, sino que se contentaba con la obtención de un progreso mínimo. Le habría gustado eliminar la crueldad del espectáculo de los gladiadores, pero puesto que en su tiempo se trataba de una utopía inalcanzable dado el entusiasmo que provocaba a nivel popular, se fijó como objetivo un resultado accesible: suprimió el uso de armas afiladas entre los luchadores, obligándoles a combatir con la punta redondeada para limitar las heridas⁴.

De modo que el juez Bejski no vive la espera mesiánica de un improbable vuelco del mundo, sino que centra su esperanza en la renovación de la presencia en la escena pública de hombres justos capaces de defender la dignidad del hombre, como metáfora de la posible libertad de elegir de cada uno de nosotros.

Esta es la condición humana: un inabarcable campo de batalla en el cual el progreso nunca se da por descontado.

Quizá no sea casualidad, pero Hannah Arendt y Vasili Grossman, los pensadores que de manera más original han contribuido a la definición del concepto de hombre justo en relación con el totalitarismo del siglo XX desde puntos de vista diferentes, han compartido con Moshe Bejski la perspectiva de una esperanza anclada en el pesimismo.

Crean en la posibilidad del hombre aun sabiendo que, la mayoría de

las veces, el hombre elige el peor de los caminos.

El peor descubrimiento que hemos hecho, sostiene Hannah Arendt, es que los hábitos morales pueden cambiar de un día para otro y que algunos mandamientos que nos parecían eternos, como no matar, no robar, no mentir, pueden cambiarse como si se tratara de nuestros gustos en el vestir.

Sin embargo, la pensadora de Hannover, que asistió en Alemania a la derrota del hombre frente a la banalidad del mal, se dedica a la búsqueda de los instrumentos interiores que permiten al individuo no sucumbir. Intenta así desentrañar el *secreto* de los hombres justos, en sintonía con el camino emprendido por Moshe Bejski.

Se trata del mismo camino emprendido en la URSS por el escritor Vasili Grossman, que denuncia desesperadamente la implicación de la población y la pasividad de las víctimas frente a los campos nazis y frente a los gulag estalinistas, pero encuentra esperanza contando decenas de historias de ordinaria «bondad insensata» en tiempos del comunismo.

Grossman nos enseña que, una y otra vez, el totalitarismo derrota al hombre pero, a pesar de todo, no logra modificar la naturaleza humana, no destruye el anhelo de libertad que antes o después acaba aflorando a la superficie, como si fuera magma comprimido en el interior de un volcán.

¿Es esto demasiado poco para seguir manteniendo la confianza después de tales horrores? Puede ser.

Pero Moshe Bejski, Hannah Arendt, Vasili Grossman nos proporcionan con su pensamiento una extraordinaria lente de aumento para sacar a la luz pequeñas y grandes historias de resistencia ocultas en las tragedias del siglo XX.

Constituyen una guía para encontrar los justos ocultos en los tiempos modernos y que, de acuerdo con la Biblia, son el pilar sobre el que se alza nuestro mundo, porque en la narración de sus casos puede encontrarse alivio.

Esta y no otra es la razón de mi viaje a través de su pensamiento.

El Qohéleth y el ciclo perenne de la vida

Para comprender los fundamentos de una esperanza sin utopía hay que dar un salto en el tiempo y leer el Qohéleth, escrito en Judea entre el siglo IV y el III a. C. por un autor desconocido.

El redactor del texto bíblico más inquietante, en su sucesión de interrogantes sobre el bien y el mal, excluye la posibilidad de que la humanidad pueda esperar un final feliz. El regalo consiste en la vida tal y como se nos ha dado. Cualquier otro regalo es pura fantasía. El autor deja entender así que jamás ha existido un Dios que se haya propuesto salvar el mundo y, mucho menos, un más allá que haga justicia con las injusticias sufridas aquí y que premie a los mejores. Y constata amargamente que el ciclo humano se repite sin cambios: «Lo que ha sido será y lo que se ha hecho volverá a hacerse. No hay nada nuevo bajo el sol... y lo que está torcido no puede enderezarse, y no se puede contar con lo que no hay»⁵.

Pero resulta todavía más sorprendente la consciencia de que los hombres injustos gozan y disfrutan de grandes honores, mientras que los justos sufren y son olvidados.

Los seres humanos son imperfectos, los mismos justos pecan y la vida acaba en tinieblas para todos.

Todo en la vida es vano porque está destinado a corromperse y perecer: polvo al polvo.

Precisamente de este ineluctable trayecto y de esa caducidad nace la esperanza.

Los hombres no tienen otra posibilidad. Para disfrutar al máximo de su tiempo de vida limitado y para suplir su imperfección los hombres tienen que ser solidarios y ayudarse recíprocamente. La salvación está en la relación con el otro. Dar y recibir mutuamente crea el único presupuesto de la fuerza humana. No existe un mesías venido del más allá; sin embargo, un hombre puede llegar a convertirse en mesías de otro hombre. «Mejor ser dos que uno, puesto que dos se compensan mejor en el esfuerzo. Efectivamente, si alguno de ellos cae, el otro le levanta. Ay de quien esté solo; si cae, no cuenta con nadie que le levante.»⁶

Este es el sentido de la referencia al respeto de los mandamientos con la que se cierra el Qohéleth. «Teme a Dios y observa sus mandamientos, porque esto es todo para el hombre.»⁷ El decálogo y la ley es el horizonte en el que se explicita la convivencia y la relación entre los seres humanos y exigen, lo primero, la defensa de la sacralidad de la vida (no matar), señalando así el recorrido de la ayuda recíproca entre individuos que ontológicamente necesitan los unos de los otros.

¿Por qué se asocia a Dios con las leyes y por qué hay que temerle?

¿No es acaso una paradoja el temor a un Dios que permite la injusticia y no interviene en los asuntos humanos, dejando que nuestra existencia concluya en el polvo?

El temor de Dios no remite a una realidad trascendente en la que los impíos serán castigados y premiados los mejores, sino que advierte de que en el único mundo en que nos ha tocado vivir, para evitar la catástrofe y la descomposición, solo en el respeto de las reglas éticas hay salvación. Preceptos morales como no matar, no robar, no mentir, no hacer daño a los demás no suponen impedimento alguno para la libertad del individuo, sino que son el presupuesto para una condición humana mejor y para hacer más feliz la vida. Si faltan el amor y el respeto por el prójimo, el hombre construye el apocalipsis con sus propias manos, tal y como sucedió en la Shoah.

Lo que provoca la peor de las consternaciones y debe empujar a los hombres a hacer el bien en relación con los otros es el vacío moral.

Pero el temor de Dios (o, mejor todavía, de la propia destrucción) no solo tiene que ver con el destino del mundo, se refiere también a la vida cotidiana.

El hombre que hace el mal debe temer la devastadora laceración de su propia conciencia. «No puedo vivir con un asesino dentro de mí», puntualiza Sócrates para señalar que un delito puede permanecer impune, pero que el sentido de culpa no puede extirparse del corazón del hombre. Podemos huir de todos, pero no de nosotros mismos.

Por este motivo, como ha comprendido Bejski, a pesar de la cíclica repetición del mal sobre la tierra, siempre habrá hombres justos.

Al final uno debe ser justo por necesidad para no escuchar el implacable remordimiento de la propia conciencia, pero también para su propia realización, para poder actuar junto al resto de los hombres y

en sintonía con ellos, para, con los demás, como señala Hannah Arendt, superar la propia parcialidad. Este es el fundamento de una esperanza realista.

El Qohéleth no habla de héroes ni de santos. «No seas demasiado escrupuloso, ni sabio más allá de toda medida, porque puedes arruinarte.»⁸ El límite del justo es la limitación de la vida humana y su congénita imperfección. En nombre de la justicia no se le puede pedir al hombre que renuncie al regalo de su breve existencia y a la única felicidad que se le ha concedido, más tarde o más temprano destinada a disolverse en el polvo.

El Qohéleth sugiere que el hombre disfrute de los placeres de la vida porque el tiempo es precioso para todos. Es un deber comportarse como hombres justos, en los límites de la condición humana. Esta es la manera de interpretar la vida de Sócrates que, como había observado Plutarco, vivía y enseñaba la sabiduría, pero sin renunciar a beber, a bromear⁹ y a gozar de cualquier momento de la felicidad terrena.

La barrera que puede proponerse y que está al alcance de cualquiera contra el mal, incluso en situaciones extremas, como descubrió Moshe Bejski, es una posible resistencia, no sobrehumana, aun cuando siempre hay hombres dispuestos a renunciar a la vida por mantener su dignidad. El que, por el contrario, exige la justicia absoluta y se coloca a modo de implacable moralizador va contra la naturaleza del hombre. De hecho, la historia demuestra que quien no ha sido consciente de ella ha caído en la ilusión de una posible lucha definitiva contra el mal y, abrazando las revoluciones totalitarias, ha provocado esas carnicerías tan perfectamente descritas por Vasili Grossman.

En nombre de la construcción de un régimen que pretende la imposición de una idea del bien absoluto, ha subrayado el autor ruso, millones de hombres han terminado en los lager y en los gulag.

Pero incluso en la lucha contra el antisemitismo puede caerse, desde otro punto de vista, en el mismo error. El que en Israel piensa extirparlo definitivamente puede llegar a ser demasiado duro con el mundo y con los «enemigos árabes».

Los justos

La reflexión sobre los justos no tiene nada de consolatorio, no es una palanca para elucubrar acerca de una transformación de la realidad, sino un tipo de experiencia que, mirada en profundidad, puede permitirnos ver el mundo con otros ojos.

Es una pequeña llama que ilumina situaciones extremas, que nos impide perder la confianza en el hombre, que deja huellas positivas en las relaciones entre los seres humanos, que permite volver a empezar cuando uno se siente impotente, que nos permite apreciar el papel de personas con un corazón grande que, aparentemente, no parecen obtener resultado alguno.

Todos los hombres –incluidos aquellos que nos parecen más cínicos e insensibles– pueden alzarse contra el mal de una manera inesperada y hasta nosotros mismos, quizá, disponemos de esa fuerza interior para llevar a cabo algunas pequeñas acciones que pueden impedir una injusticia, cuando parece absurdo y completamente imposible tratar de cambiar el curso de algunos acontecimientos que nos superan. No se trata de buscar la excelencia, la coherencia absoluta y el heroísmo, incluso si afortunadamente no faltan individuos al margen de la norma, pero es importante conferir valor a comportamientos de resistencia, a veces de apariencia minúscula, que hacen las veces de límite en relación con el mal que los hombres provocan.

La imagen del hombre justo no puede ser la de un superhombre que libra una batalla infinita contra los atropellos, como si se tratara de un Don Quijote en inacabable lucha contra los molinos de viento. Tiene algo de caricatura pensar en una figura, en alguien, capaz de combatir de la mañana a la noche por todos los derechos humanos, contra todas las desigualdades, contra todas las dictaduras, contra todos los genocidios, que se sienta comprometido en todas las batallas posibles y que, encontrándose en una situación extrema, sea protagonista de una resistencia integral hasta el agotamiento. Piénsese, por ejemplo, en la costumbre de algunos intelectuales a los que les gusta firmar una toma de postura tras otra contra los males del mundo y que no dejan de apoyar cualquier manifestación de protesta: contra la pena de muerte en

los Estados Unidos, contra la mafia, contra la represión en América Latina, por la libertad del Tíbet, por la verdad acerca del asesinato de Politkovskaia. Son absolutamente ridículos porque no suelen tener otro objetivo que el de parecer mejores que los demás, demostrando que son portadores del bien. Les gusta impartir lecciones a las personas «injustas», para erigirse como pavos reales sobre el pedestal de su superioridad, mientras que el verdadero acto moral es el que afecta a una persona en profundidad y la cuestiona.

La limitación de la vida¹⁰ es, en el fondo, la medida del juicio, porque la implicación moral no puede darse en una lucha infinita contra todas las injusticias. Por el contrario, puede convertirse en «justo» incluso quien una sola vez en toda su existencia, en un solo día de su vida, frente a un solo atropello, frente a un solo hombre perseguido, a una sola mentira, tiene el valor de romper con el conformismo y llevar a cabo un único acto de bien, de amor o de justicia. Lo que define a un acto de bien es el esfuerzo interior y la asunción de la responsabilidad.

Se trata, por lo tanto, de una posibilidad al alcance de todos, porque un gesto de solidaridad y de valor puede iluminar la existencia de una persona. Con frecuencia puede suceder que quien rompe un muro de silencio y tiene la fuerza de realizar un examen de conciencia resulta luego condicionado por ello para todo el resto de su vida porque ve el mundo con otros ojos.

Una acción justa puede cambiar la existencia entera de un ser humano.

No es necesario ser santos y anular el propio yo en un espíritu de abnegación total respecto de los demás hombres para llevar a cabo actos morales significativos.

Esta es la gran intuición de la ley de Yad Vashem, que en Israel sustituyó en 1953 los criterios de la memoria de la Shoah cuando señaló que el título de justo se atribuye a cualquiera que haya salvado la vida de un solo judío durante la persecución nazi¹¹.

Para la institución de los justos de Jerusalén no importa la radiografía política¹² o moral de una persona, sino la responsabilidad que un individuo tiene el valor de manifestar públicamente, acudiendo en auxilio de otro hombre.

Este es el clamoroso caso de Oskar Schindler, en torno al cual se

desarrolla uno de los debates más significativos de la comisión de Yad Vashem.

El mercader que, en una sociedad normal, cualquiera juzgaría inmoral por su falta de escrúpulos en la utilización de mano de obra judía, se demuestra, por el contrario, una persona moral porque frente a la solución final no renuncia al principio de la sacralidad de la vida.

De manera que se hace así digno de un árbol en el Jardín de los justos el que no acepta renegar del fundamento del decálogo que prohíbe matar a otros hombres y posee la fuerza de seguir siendo humano en un contexto en el que las leyes inhumanas justifican la eliminación de los individuos considerados nocivos y superfluos.

Como subraya Jan Patoc̣ka, el filósofo que estuvo en Praga entre los artífices del movimiento de Charta 77, hay situaciones en las que para defender los valores fundamentales merece la pena sufrir, porque las cosas por las que eventualmente se sufre son aquellas por las que merece la pena vivir.

Así, durante la Shoah, para defender a los judíos, merece la pena poner en peligro la vida. De manera que el que socorre está arriesgando no en busca de una *santidad*, sino en defensa de su propia esencia: la *humanidad*.

Pero si la idea de que los justos son «santos» da lugar a equívocos, lo que hay que hacer es observar que quien acude en auxilio de alguien perseguido manifiesta un acto de amor hacia otro hombre que suple la falta de una justicia humana.

En su *Ética nicomáquea*, Aristóteles escribe que los amigos entre sí no tienen necesidad de ser justos, porque en una relación de amistad uno le da al otro independientemente de lo que se recibe. «Cuando los hombres son amigos, ninguna necesidad hay de justicia, pero aun siendo justos, sí necesitan de la amistad, y parece que son los justos los que son más capaces de amistad [...] la amistad es no solo necesaria, sino también hermosa.»¹³

Un verdadero amigo es el que se convierte en apoyo del otro cuando se encuentra en dificultad y el mundo no le manifiesta el debido respeto. Asume así una responsabilidad que puede transmitir alegría o cicatrizar heridas, mucho más allá de las posibilidades mismas de la justicia.

En el fondo, el justo es ese que, en determinadas circunstancias, es capaz de convertirse en amigo de alguien desconocido y que asume la tarea de reparar los errores cometidos. Lleva a cabo así una auténtica acción mágica: transforma en amigo a un extraño y lo toma a su cuidado.

Es decir, remedia una injusticia y va más allá de la justicia como un acto de amor.

La parábola del buen samaritano es quizá el ejemplo más evidente en la tradición cristiana. Mientras que dos sacerdotes que viajan de Jerusalén a Jericó miran para otro lado ante un judío apaleado y robado, el samaritano, considerado una especie de hereje en los ambientes religiosos de la época, se detiene y toma a su cuidado al herido. El «enemigo», por lo tanto, se comporta como un amigo y remedia la injusticia sufrida por el desconocido, «vendándole las heridas, echándoles aceite y vino» y pagando con su dinero la habitación de un albergue. Jesús lanza así un mensaje: hay que extender al prójimo perseguido el tipo de amistad descrita por Aristóteles.

Así hacen los justos de entre las naciones que arriesgan su vida por la salvación de los judíos. De modo que justo no es solo aquel que se niega a hacer el mal, sino el que asume una tarea en relación con el otro: se convierte en su guardián. Va mucho más allá de las enseñanzas del gran rabino Hillel el Viejo, que nos invita a «no hacer a los demás lo que no quieres que te hagan a ti». Es decir, no considera que su moralidad dependa exclusivamente de la observancia del precepto de *no hacer daño al prójimo*. Si solo se limitara a su integridad moral, aunque pecando de indiferencia, podría permanecer al margen del mal cometido por los otros. ¿Qué consideración tendría entonces de sí mismo?

Por eso da un salto cualitativo y razona de acuerdo con la máxima «haz a los otros lo que quisieras que los otros te hiciesen a ti». Poniéndose en el punto de vista del otro e imaginándose qué sentiría si estuviera en su lugar, decide intervenir en su ayuda. Esta variación entre el «no hacer» y el «hacer» a los demás lo que se desea para sí, observa Salvatore Natoli¹⁴, parece mínima a nivel conceptual, pero es enorme en el plano de la acción. Se trata del significado de cuidado y de misericordia: el justo no se encierra en sí mismo, no espera que la

justicia de los hombres arregle el error, sino que actúa en primera persona para corregir el curso de los acontecimientos.

En este dilema se encontraron todos los que socorrieron a los judíos durante el nazismo: ¿cómo comportarse frente a las leyes raciales? ¿No dejarse corromper en la vida por la ideología antisemita, intentando personalmente no hacer el mal a los judíos o, en el marco de sus modestas posibilidades, convertirse en el propio custodio de los perseguidos? De hecho, mucha gente pretendía no tener sentimiento hostil alguno respecto de los judíos, pero luego permanecían pasivos y no se atrevían a arriesgarse y acudir en su ayuda.

II

Tipología de los justos

Al margen de cualquier esquema

Los justos –tal y como lo entendía Yad Vashem en 1953– no pertenecen a ningún campo político, social, económico o militar privilegiado. Pueden ser tanto nazis como antinazis, comunistas o anticomunistas, fundamentalistas islámicos o antifundamentalistas, carceleros en una prisión o en un campo de concentración o víctimas y prisioneros, miembros del ejército de ocupación de un país como de la resistencia contra ese mismo ejército, pueden ser tanto ladrones, canallas, prostitutas como personas honestas e irreprochables.

Son esos que en un determinado punto de la vida, frente a la injusticia o la persecución de seres humanos, son capaces de acudir valerosamente en ayuda de los que sufren, interrumpiendo así, con un acto inesperado en su espacio de responsabilidad, la cadena del mal de la que son testigos.

Esquemáticamente podemos dividirlos en tres categorías: los salvadores de vidas humanas, los defensores de la verdad y de los derechos humanos, y los que mantienen la propia dignidad, aunque, con frecuencia, las circunstancias de la vida producen multitud de nuevas figuras y experiencias no fácilmente clasificables.

Los primeros son los individuos capaces de un acto de altruismo en relación con los perseguidos por su propia nacionalidad, por un motivo político o por sus ideas. Es típico el comportamiento de quien salva vidas en situaciones extremas, como los genocidios o las situaciones de guerra, en las que se cometen crímenes contra la humanidad.

Los segundos son los que aparecen en la escena pública para defender la verdad y la libertad en los regímenes y en las realidades en las que se

niegan la democracia, la pluralidad humana y el derecho del individuo a ser artífice de su propio destino. Es peculiar, en el régimen comunista, la figura del disidente o del opositor que tiene el valor de defender la verdad contra la mentira del régimen. Lo recuerda con una metáfora Elena Bonner: «Cuando todos estaban obligados a afirmar una falsedad y a decir que la alfombra es roja, había, sin embargo, un alma solitaria que tenía el valor suficiente para salir del coro y gritar el verdadero color, consciente de las consecuencias de su gesto. Mi marido, Andrei Sajarov, se puso así en peligro el mismo día en que comenzó a luchar por la democracia»¹.

Hoy es particularmente significativa la defensa de los derechos humanos, tanto en las dictaduras como en los regímenes fundamentalistas islámicos, por parte de los que luchan contra la misoginia impuesta por la tradición y en defensa de la libertad.

La tercera categoría está representada por cuantos tienen la fuerza de defender la propia dignidad en circunstancias extremas o en condiciones en las cuales la persona está obligada por una imposición política a sofocar su propia individualidad.

Primo Levi y Varlam Shalamov cuentan que en los campos de concentración nazis y en el gulag los prisioneros tenían que hacer un tremendo esfuerzo para mantener el respeto consigo mismos y preservar su humanidad frente al frío, el hambre y la despiadada competencia por la vida. Es un enorme desafío no convertirse en un delator en el gulag, no denunciar, en aras de la propia supervivencia, a otros prisioneros, no robar un trozo de pan a los otros. Resistir como seres humanos frente a los verdugos es la más problemática de las cuestiones existenciales. Nada puede hacerse para cambiar el estado de las cosas, lo único que se puede hacer es intentar desesperadamente no dejarse corromper.

Por eso Primo Levi, en una de sus más conmovedoras páginas, escribe con vergüenza que en los campos nazis la mayoría de las veces sobreviven los peores: «Los salvados del lager no eran los mejores, los predestinados al bien, los portadores de mensaje. Todo cuanto yo había visto y vivido demostraba exactamente lo contrario. Sobrevivían preferentemente los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los colaboradores de la zona gris, los espías. No se trataba de una regla

absoluta (ni había ni hay, en las cuestiones humanas, reglas absolutas), pero era, sin embargo, una regla»².

La defensa de la propia dignidad no solo está relacionada con situaciones límite en las que se lucha cotidianamente contra la muerte. En las dictaduras y en los países totalitarios la moralidad de una persona no depende exclusivamente del comportamiento con respecto a los demás, sino de la actitud en relación consigo mismo. Un individuo vive siempre en un campo de batalla: dejarse homologar y permanecer en silencio o, por el contrario, mostrar el valor de levantar la cabeza.

La organización de la disidencia de Praga, Charta 77, nace de una gran intuición en el clima de apatía y resignación que se vive en Praga en los años oscuros de la normalización, tras la intervención de los tanques soviéticos. De hecho, la población hacía ya mucho tiempo que había perdido la confianza en cualquier tipo de cambio y ya no había nadie que se atreviera a reivindicar la vuelta a un sistema político democrático. Por el contrario, el que suscribe la Carta decide salir del anonimato y exponerse en primera persona, manifestando así la voluntad de no agachar la cabeza frente al poder totalitario. Con su firma, el ciudadano de Praga asume la primera tarea del hombre en relación consigo mismo: el deber de defender «la humanidad en su propia persona», tal y como afirmaba Kant en su «Doctrina de la virtud», sin la que nada sería posible.

Jan Patořka lo anuncia en el primer documento de la disidencia checoslovaca³.

«La Carta recuerda de manera explícita lo que ya se había subrayado hace 180 años en un preciso análisis conceptual: todos los deberes morales consisten en lo que puede definirse como *el deber del hombre en relación consigo mismo* que, entre otras cosas, incluye el deber de defenderse contra cualquier arbitrariedad llevada a cabo en relación con él.»

Patořka define la defensa de la propia humanidad como una *obligación*, a la que el individuo debe someterse si quiere volver a ser un ciudadano activo y convertirse así en ayuda real para una transformación de la sociedad⁴. Se trata de un imperativo que emplaza al hombre al encuentro con su autoestima, que ha dejado de aceptar, en nombre de una vida tranquila, mentirse a sí mismo y renunciar a su

autenticidad; que ha dejado de establecer una relación con los demás como un ser inferior y redescubre, por el contrario, el placer de saberse finalmente igual; que ha dejado de comportarse como un esclavo respecto del poder y está obligado a suprimir su sufrimiento.

Pero el filósofo checo lanza un mensaje que va más allá de la ética de Kant: el hombre en cuanto hombre tiene derechos jurídicos reconocidos a nivel internacional, como la libertad de expresión, el derecho a la información, el derecho de asociación o la libertad religiosa. Cuando estos derechos no se respetan, el hombre tiene respecto de sí mismo el deber de luchar para obtener su aplicación.

Así nace en Praga, en 1977, la extraordinaria idea de una solidaridad activa entre hombres que reivindican, en voz alta, el deber de luchar todos juntos en defensa de la propia humanidad.

Y empieza una gran fiesta: Patořka define Charta 77 como «una manifestación de la alegría de los ciudadanos»⁵.

Los jóvenes de Praga con los que me encuentro en el Puente Carlos en los años ochenta, mientras cantan y recuerdan la, para las autoridades, aborrecida figura de John Lennon, tienen un rostro sonriente; están contentos de mostrar sin miedo su autenticidad: se han encontrado a sí mismos⁶. Es el punto de partida para empezar de nuevo, luego llegará la Revolución de terciopelo.

El justo imperfecto

Existe una categoría especial de justos cuyo comportamiento nace de cuestionar su propio ser, cuando no, digamos, de un auténtico arrepentimiento. En cierto modo actúan porque sienten el deseo de purificarse y llevan a cabo actos morales que inciden en la realidad de una manera sorprendente. De hecho, en los regímenes totalitarios o en circunstancias extremas, ha sucedido que representantes del poder o funcionarios empleados en trabajos sucios, cuando se han planteado interrogantes morales acerca de sus atribuciones, han tenido más posibilidades que otros de modificar el curso de los acontecimientos y de ayudar a otras personas.

Esas iniciativas han tenido en ocasiones un resultado positivo porque el puesto que ocupaban les ofrecía unas posibilidades de maniobra de las que otros carecían. Pero hay algo más que no suele ser suficientemente apreciado: el deseo de redención ha movido fibras ocultas y ha hecho aparecer un coraje que nadie hubiera imaginado. A pesar de todo, sus historias, con frecuencia complicadas y ricas en claroscuros, nunca encuentran el debido reconocimiento. En el juicio de la gente, lo que cuenta es su pertenencia, su discutible pasado, el legado de sus itinerarios políticos, más que el valor de una inesperada acción que alborota los papeles.

En cierto modo, se trata de una situación paradójica. El que vive en un régimen dictatorial o ve amenazada su propia vida, más que esperar una intervención del exterior, confía siempre en que exista algún funcionario que, en el último momento, se arrepienta y escuche su grito de dolor. Confía en que haya alguien al otro lado que se acuerde de que es un hombre⁷.

Sucede, sin embargo, que cuando inesperadamente alguno de entre los verdugos o los dictadores cambia de rumbo y lleva a cabo acciones meritorias, no siempre se reconoce el valor de una conversión y con frecuencia se encienden venenosas polémicas.

Durante muchos años, en Italia, hasta el descubrimiento de la verdad acerca de Giorgio Perlasca, las acciones excepcionales de los «fascistas» o de aquellos funcionarios del régimen que acudieron en ayuda de los judíos no gozaron de mucha consideración. Solo los «antifascistas» podían pertenecer al grupo de los justos. También en la Europa centrorientales han sido demasiado pronto olvidados los comunistas que, en el momento de la crisis de 1989, se alinearon con los disidentes y apoyaron la transición hacia la democracia. De no haber existido políticos como Gorbachov, que se negaron a utilizar las armas contra las manifestaciones y que no bloquearon la destrucción del Muro, muy probablemente la revolución del Este no habría sido pacífica, sino que habría supuesto un nuevo y terrible baño de sangre en Europa.

¿Cómo se explica este prejuicio que impide que el reconocimiento de un acto de bien pueda nacer, incluso, de quien se ha movido en el terreno del mal? ¿Por qué quien ha estado en el lado equivocado permanece siempre y en cualquier caso atrapado en su pasado, haga lo

que haga después? Quizá uno se siente más seguro imaginando que solo los inocentes son capaces de acciones morales, suprimiendo la molesta idea de que todos los hombres pueden llegar a convertirse en presa de la fascinación de las ideologías y de la tentación del mal. Se pierde así de vista el milagro de la metamorfosis y la posibilidad del hombre de invertir su papel. En lugar de sentir alegría, se hacen severos exámenes morales a estos justos imperfectos, si no es que se les olvida o se les deja en soledad.

La kamikaze arrepentida

Desde este punto de vista resulta ejemplar la trayectoria de Arin Ahmed, una joven y culta palestina, estudiante en la universidad de Belén y especialista en ordenadores⁸.

Cuando le llegó la noticia de la muerte de su novio, Jad Salem, pulverizado por un cohete lanzado desde un helicóptero del ejército israelí mientras conducía un coche cargado de explosivos destinados a un sangriento atentado, confió a sus amigos el deseo de vengarle y de emprender su mismo camino de combatiente.

Pocos días después la buscan algunos miembros de la organización terrorista Tanzim, dirigida por Marwan Barghouti⁹, y le proponen convertirse en kamikaze. Está indecisa, pero decide reunirse con ellos porque son amigos de Salem. Le hacen un lavado de cerebro: tiene la oportunidad de convertirse en una heroína del pueblo palestino y como recompensa por su sacrificio podrá volver a abrazar en el paraíso al hombre que ama. Se convence así de que quien se convierte en mártir y mata al mayor número posible de enemigos lleva a cabo un auténtico acto moral.

Para ella se trata de una extrema prueba de amor por el primer muchacho que le ha hecho soñar.

Finalmente, llega el día de la gran prueba. Era el 22 de mayo de 2002.

Ibrahim Sarahne, un militante de la organización, va con ella desde Belén a la ciudad israelí de Rishon LeZion, junto con Issam Badir, un muchacho teñido de rubio. Le explican que tiene que esperar que ese

muchacho salte por los aires y luego, cuando en el lugar del atentado se haya concentrado la multitud, será su turno.

Vestida al modo occidental, como una muchacha israelí, con pantalones vaqueros y una amplia camisa de colores, nadie se dará cuenta de su presencia, de modo que tendrá todo el tiempo que quiera para decidir el momento justo para tirar del cordón del detonador. No solo va a matar a un enemigo, sino a una multitud de ellos.

Arin Ahmed se pone el cinturón con el explosivo, lo esconde bajo la camisa y parte hacia su destino. Pasan unos minutos interminables, pero empieza a dudar de lo que está haciendo. Por la plaza pasean muchachos y muchachas de su misma edad. Le parece que son jóvenes iguales a los de Belén. En ese momento, de repente, los enemigos adquieren rostro humano. ¿Tiene algún sentido morir de esa manera?

Llama con el walkie-talkie a Ibrahim y le dice que ha cambiado de opinión.

–Estás loca si tratas de echarte atrás. No sabes la gloria que te espera con la bomba que llevas en tu regazo.

–Ya lo he decidido, me vuelvo a Belén.

–Si vuelves a casa te quedará la marca del traidor.

La decisión de Arin es irrevocable, corre hasta Issam, que se encuentra a unas decenas de metros y le invita a desistir. Cuando vuelven al coche Ibrahim está furioso: desde su punto de vista Israel ha vencido; para Arin, por el contrario, es más importante su vida y las vidas de las personas que hay en la plaza.

Sin embargo, el joven muchacho que estaba dispuesto a desistir, se lo piensa y tras haber sido recriminado, baja por segunda vez del coche y a los pocos minutos explota entre los paseantes su bomba asesina. Junto a él mueren tres personas y en la plaza deja una treintena de heridos.

De vuelta a Belén, la vida para Arin se complica. Nadie quiere hablar con ella. Es una mujer culpable, ha perdido el honor y ha traicionado a su amor. Los militantes vuelven a la carga y tratan de convencerla de que si quiere redimirse solo le queda una posibilidad: participar en una nueva acción terrorista. Pero Arin vuelve a negarse y desafía la ola de desprecio entre sus amigos.

Unos días más tarde es arrestada por agentes israelíes que han descubierto la célula terrorista.

Binyamin Ben-Eliezer, ministro de Defensa israelí, lleno de curiosidad por el asunto, acude a la cárcel el 29 de mayo para tratar de entender la trayectoria de esta terrorista. Muchos piensan que está mintiendo para evitar una pesada condena.

–¿Por qué decidiste cometer un atentado suicida en Israel? ¿Lo hiciste por motivos religiosos?

–No. Fue una reacción personal. Estaba deprimida. Habíais matado, vosotros, los israelíes, a mi novio. Llevábamos juntos un año y medio.

–¿Es decir, que has querido matar inocentes para vengar su muerte?

–No sé muy bien lo que quería, me encontraba muy mal y estaba llena de rencor. Tenía amigos de la universidad activistas de Tanzim. Los frecuentaba y salía con ellos. Una noche estábamos sentados todos juntos y les oí decir que querían organizar una acción de represalia en respuesta a las acciones militares israelíes. Cuando les oía pensaba en mi Jad y de repente les dije que quería convertirme en una terrorista suicida.

–¿Qué pasó luego?

–Yo creí que la preparación militar iba a durar unos meses, pero lo que ocurrió es que cuatro días después vinieron a verme unos militantes de Tanzim y me comunicaron su decisión: «Te hemos elegido. Enhorabuena, te convertirás en una terrorista suicida».

–Estaba muy nerviosa, pero no me dejaron pensar demasiado y me convencieron para que me preparara para la misión: «Tendrás una posición especial entre las mujeres terroristas. Te convertirás en una heroína. Te reunirás con tu novio en el paraíso».

–¿Tu familia estaba al corriente?

–El día de la partida escribí una carta de despedida pero no pensaba en ellos, solo en mi novio.

–¿Y cómo es que luego cambiaste de idea?

–Cuando me bajé del coche, la plaza no era exactamente como la había visto en el plano. Había mucha gente. Mujeres con niños, chicos y chicas. Me acordé de una muchacha joven israelí con la que había hecho amistad. De pronto comprendí lo que estaba haciendo y me dije a mí misma: ¿cómo puedo hacer una cosa así? Cambié de idea.

–También Issam quería renunciar, pero era un muchacho sin preparación y le persuadieron para no desistir. También conmigo

probaron de todas las maneras imaginables. Estaban furiosos. Trataron de convencerme para que hiciera otro intento en Jerusalén. Pero yo ya había tomado una decisión definitiva. Luego habéis llegado vosotros para detenerme.

–Y ahora, ¿qué piensas?

–Fue un error. No es justo matar de esta manera a la gente, a los niños. La conciencia nos prohíbe hacer esas cosas. No volveré a intentarlo.

–¿Qué harás cuanto te soltemos?

–Dejaré mi ciudad y me iré a vivir a Jordania con mi madre. Quiero romper definitivamente con el pasado y empezar una nueva vida. Sí, me equivoqué, pero ha sido un paso en falso. No era yo. Fui arrastrada a esa situación, pero ahora vuelvo a ser yo misma. Quiero licenciarme y llevar una vida normal.

El ministro de Defensa israelí quedó impresionado por aquel encuentro. Pensaba que iba a encontrarse frente a una terrorista que había renunciado por miedo y, por el contrario, se reunió con una mujer que le confesaba su arrepentimiento.

–Lo admito. Quedé impresionado ante Arin. Me hablaba con total sinceridad, pero no podíamos liberarla. Si hubiera vuelto a casa quizá la habrían convencido para que volviera a intentarlo.

Comienza así, para la joven palestina, desde aquel mismo día, una extraña soledad. Se encuentra en un mundo sin referencias. No puede volver a Belén porque está marcada con el sello de la cobardía y la traición; sin embargo, en Israel está procesada porque, en cualquier caso, sigue siendo una terrorista «fallida».

Ninguna de las dos partes del conflicto la ama y, sin embargo, con su gesto se ha convertido en un símbolo de paz.

Arin es el ejemplo de una extraordinaria metamorfosis. Una bomba viviente ha decidido salvar a decenas de judíos. Ha cambiado su concepción del mundo. Le habían enseñado que un palestino digno era el que se inmolaba para golpear al mayor número de israelíes. Para hacerlo se requería valor, porque no basta la promesa de la gloria y del paraíso para vencer el instinto de supervivencia. Pero para escuchar su conciencia y explicar a sus amigos de Belén que no se construye un mundo mejor matando indiscriminadamente una multitud de inocentes

también se necesita un valor enorme. No hay ninguna causa justa que pueda perseguirse con métodos injustos.

La soledad de Peshev, el salvador de los judíos búlgaros

Esa misma soledad es la que sintió en Sofía, en la posguerra, el vicepresidente del Parlamento búlgaro Dimitar Peshev.

No hay ningún miembro de la comunidad judía que se atreva a ir a su casa en la calle Neofit Rilski. Sobre él pesa la mancha indeleble de su pasado en un gobierno filonazi.

Murió el 22 de febrero de 1973, sin que jamás recibiera ninguna señal evidente de gratitud. Solo su amigo Buko Lazarov, emigrado a Israel, lo recuerda y le hace llegar por correo algún pequeño regalo.

Sin embargo, Peshev es el gran artífice de la salvación de los judíos búlgaros. Gracias a su intervención, en el último momento, la máquina de la deportación, preparada ya para transportar a Auschwitz a toda la comunidad judía, quedó bloqueada.

También él, como Arin Ahmed, vive una transformación humana y política. No se trata de un arrepentimiento instantáneo sino de un recorrido más complejo y profundo, que le lleva a modificar radicalmente su papel.

Efectivamente, Peshev participa con entusiasmo en un gobierno autoritario que prohíbe los partidos políticos, porque piensa que es la mejor manera de eliminar la corrupción. Está convencido de que la alianza con el Tercer Reich es un bien para el país.

El 19 de noviembre de 1940 preside, sin ninguna objeción, la sesión del Parlamento que aprueba las leyes raciales¹⁰.

Los judíos quedan excluidos del mundo búlgaro, pero Peshev parece no darse cuenta. Acepta esta terrible injusticia por oportunismo, tal y como él mismo admite en sus memorias: «Aprobé aquellas medidas porque consideraba que eran importantes para cimentar nuestra alianza con Alemania y proteger así nuestros intereses nacionales. Nunca pensé

que aquellas disposiciones pudiesen llegar a ser permanentes y asumir las proporciones de las aplicadas en Alemania»¹¹.

Cuando el ejército alemán entrega a Bulgaria las tierras de Tracia y Macedonia hace un elogio de Hitler en el Parlamento y le define como el más grande de los dirigentes de nuestros tiempos, «empeñado con sus propias fuerzas en romper las cadenas del pasado para construir una comunidad internacional más justa y más feliz»¹².

Pasarán tres años antes de que Peshev empiece a vivir una transformación interior.

Cuando el 7 de marzo de 1943 recibe en su casa a Jako Baruk, un viejo amigo judío de su misma ciudad natal y le informa de la inminencia de su deportación. Peshev se muestra reticente.

–No es cierto eso que dices. Es mentira¹³.

–Estás mal informado. Mira la carta que he recibido de Kjustendil.

–No es posible. Yo como vicepresidente del Parlamento tendría que estar al corriente. Hace muy poco he hablado con el ministro de Interior Gabrovski y él mismo ha negado que estuvieran sucediendo cosas por el estilo.

–Pues Gabrovski te ha engañado. Estamos seguros de que ya está preparado en Kjustendil el lugar donde se va a meter a los judíos. Han llevado agua y víveres. Ya está todo preparado para la deportación. Prueba a telefonar al gobernador de distrito de la policía de Kjustendil. Así sabrás la verdad.

Luego, enfrentado a sus responsabilidades, Peshev intenta un compromiso.

–Te daré un salvoconducto, así podrás salvarte tú con toda tu familia.

–Te lo agradezco, pero no he venido aquí para ocuparme de mi integridad, sino para pedirte ayuda para bloquear la deportación de todos los judíos búlgaros.

Tras este inesperado encuentro, Peshev vive un sufrimiento interior: ¿lavarse la conciencia tratando de poner a salvo a sus amigos judíos de Kjustendil, o asumir para sí una responsabilidad política en su calidad de vicepresidente del Parlamento búlgaro? No existen fuentes que nos permitan indagar cuáles fueron sus preocupaciones durante aquellas horas. Pero la proximidad de las detenciones le empuja a no perder más tiempo. Faltan dos días para la hora X (la operación está prevista para el

9 de marzo) y Peshev está profundamente inquieto. Se le ocurre una estratagema. Convoca a algunos diputados y amenaza con hacer pública la decisión de la deportación no aprobada por el Parlamento y, además, en contra de la constitución búlgara.

Luego, con una delegación de parlamentarios, se presenta en la oficina del ministro de Interior Petar Gabrovski y en un dramático encuentro le anuncia un escándalo público para el caso de no revocar la orden de deportación. Apretado contra las cuerdas, el ministro de Interior le promete la suspensión del procedimiento en curso. A pesar de todo, Peshev sigue sospechando y le obliga a telefonar en su presencia a todas las comisarías para dejar en libertad a los judíos que ya han sido transportados a los centros de reunión.

Su intervención tiene éxito, pero no es suficiente.

Peshev es consciente de que la situación de los judíos está todavía en la cuerda floja, puesto que la orden de deportación solo está en suspenso. Intuye que se necesita una señal política del Parlamento búlgaro para que el gobierno no vuelva a ceder a las presiones de Alemania.

Convence a cuarenta y dos diputados de la mayoría filonazi para que firmen un documento en el que se solicita al zar y al gobierno que no se hagan cómplices de tan cruel delito.

La entrega de los judíos a los alemanes habría significado la impresión de una marca infamante para los siglos venideros en la propia historia nacional. El nacionalista Peshev le da la vuelta al discurso patriótico. No se puede uno convertir en cómplice de un genocidio por ambiciones territoriales. La amputación «moral» es mucho más grave que la amputación «territorial».

La llamada de la vergüenza, así podría llamarse el documento¹⁴ de Peshev, hace saltar por los aires las falsas coartadas, las justificaciones, las formas de desorientación moral que caracterizan a los protagonistas de la escena búlgara.

El zar y el primer ministro Filov habían pensado, efectivamente, en superar la vergüenza moral de una decisión tan cruel llevando a cabo una operación secreta, pero Peshev, haciendo que el mal fuese visible para todos, los coloca ante sus propias responsabilidades.

De modo que el 31 de marzo de 1943, el zar Boris III en su encuentro

con Hitler se ve obligado por sus propios círculos políticos a rechazar las presiones alemanas, a pesar de que un mes antes había dado el beneplácito a la deportación.

El asunto Peshev es, por lo tanto, un caso ejemplar de metamorfosis política que crea un inesperado milagro en los acontecimientos del Holocausto: un gobierno filonazi, en el último momento, bloquea los trenes destinados a Auschwitz debido a la crisis de conciencia de un hombre. No hay una historia parecida en toda Europa.

Peshev fue perseguido también en la Bulgaria comunista. Primero escapa a una condena a muerte por antisemitismo, como había sucedido con otros miembros del Parlamento, firmantes de su documento de condena; además, después de algunos años de prisión, se ve obligado a vivir en arresto domiciliario en su propia casa hasta el fin de sus días.

Está anclado a una culpa de la que no puede escapar y siempre se le ha considerado un filonazi que aprobó las leyes raciales.

Lo que hiciera después no cuenta nada. Uno de los judíos salvados, el comunista Fidel Baruch, en un artículo sobre la revista de la comunidad judía de Sofía en los años setenta, se las ingenia para encontrar una motivación ideológica con el fin de disminuir el valor de la iniciativa de Peshev¹⁵. De acuerdo con su tesis, el vicepresidente del Parlamento había actuado exclusivamente por razones electoralistas. Frente a las duras exigencias de los habitantes de Kjustendil se había visto obligado a tener en cuenta la voluntad de su circunscripción, el caladero de votos que le había permitido obtener su sillón parlamentario. De modo que se había movido por motivos de conveniencia.

Si esta era la explicación contingente que desvelaba el origen de su gesto, existía, además, una razón política que de repente le había despertado contra su propia voluntad: el terror a un próximo cambio de régimen. Peshev había tomado buena nota, con seguridad, de las extraordinarias victorias del Ejército Rojo en Stalingrado y de la probable victoria de los comunistas. Así que solo por oportunismo fue contra el régimen. Su conciencia no existía, se trataba solo de una marioneta cuyos hilos eran manejados por los auténticos sujetos de la historia. Por lo tanto, seguía siendo un reaccionario obligado por los acontecimientos, en absoluto una persona radicalmente cuestionada y que se hubiera atrevido a pensar y actuar con valor.